

LA VALORACIÓN DE AMADO ALONSO DE LA VARIEDAD RIOPLATENSE DEL ESPAÑOL

ELVIRA N. DE ARNOUX
ROBERTO BEIN
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

Amado Alonso, atento observador de las variedades lingüísticas, se preocupó tempranamente por el problema de la norma debido a su interés por el campo educativo. Si bien en *El problema de la lengua en América* (1935) su valoración del español rioplatense es negativa, pocos años después hace una consideración elogiosa, al menos en lo que respecta a la acción lingüística futura de la Argentina, en artículos en el diario *La Nación* (1940), reunidos junto con otros trabajos en *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943). En nuestro artículo intentamos explicar su cambio de posición no solo por motivos personales, sino sobre todo por una acentuación del aspecto sociocultural de su pensamiento lingüístico, que encuentra nuevos estímulos en la potenciación de Buenos Aires como centro editorial, la acción multiplicadora de las nuevas tecnologías de la palabra y la aparición de preocupaciones terminológicas en instituciones públicas.

PALABRAS CLAVE

Ideas sobre el lenguaje. Norma. Variedad. Terminología. Tecnologías de la palabra.

ABSTRACT

Amado Alonso, careful observer of linguistic varieties, was early concerned with the problem of the norm, due to his interest in the educational field. Although in *El problema de la lengua en América* (1935) his assessment of the Spanish language from the Río de la Plata region is negative, a few years later, it changed to a favorable one, at least in relation to Argentina's future linguistic action. This positive appraisal can be seen in some articles published at *La*

Nación newspaper (1940), gathered with other essays in *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943). In our article we try to find out an explanation of the shift in his approach not only in personal reasons but, above all, in a stress on the sociocultural aspect of his linguistic thought, that found new stimuli in Buenos Aires becoming a new publishing centre, in the multiplying action of new word technologies and in the coming of terminological concerns in public institutions.

KEY WORDS

Ideas on language. Norm. Variety. Terminology. Word technologies.

RÉSUMÉ

Amado Alonso, observateur attentif des variétés linguistiques, s'est tôt préoccupé du problème de la norme à cause de son intérêt à l'éducation. Bien que dans *El problema de la lengua en América* son évaluation de l'espagnol du Río de la Plata soit négative, peu d'ans plus tard il en fait une estimation favorable, au moins en ce qui concerne l'action langagière future de l'Argentine, dans des articles publiés au journal *La Nación* (1940), recueillis avec d'autres travaux à *La Argentina y la nivelación del idioma* (1943). Dans notre article nous essayons d'expliquer ce changement non seulement par des motivations personnelles mais aussi surtout par une intensification de l'aspect socioculturel de ses idées sociolinguistiques, renforcé par l'expansion de Buenos Aires comme centre d'éditions, l'action multiplicatrice des nouvelles technologies de la parole et le surgissement des préoccupations terminologiques dans des institutions publiques.

MOTS-CLÉ

Idées sur le langage. Norme. Variété. Terminologie. Technologies de la parole.

En 1927, año en que Amado Alonso asume la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, Jorge Luis Borges pronuncia su conferencia «El idioma de los argentinos», donde propone recuperar en la escritura el tono de la voz, escribir «como lo hicieron nuestros mayores», que «escribieron el dialecto usual de sus días».

«Escriba cada uno su intimidad» es el imperativo final, porque «ese no escrito idioma argentino es el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad».

• En 1935 Amado Alonso dedica su «Problema argentino de la lengua»¹ a Jorge Luis Borges, «compañero en estas preocupaciones». Pero allí deslinda «el habla de una minoría culta porteña», ese «castellano general con timbre propio», en el que se basa «la legítima lengua literaria argentina», del «hablar de la masa de cultura media», es decir, «la mayoría de los profesionales, de los empleados, de los comerciantes y de sus familias y hasta en los profesores», cuya «lengua oral no tiene suficiente calidad». Considera que aquel al que designa como «escritor-masa» (categoría formada no solo por «el poeta mediocre, el oscuro cuentista, el periodista anónimo, sino también el médico que publica su monografía, el abogado sus panfletos y el político sus manifiestos») está desamparado, ya que encuentra que «su lengua oral es un instrumento estropeado, inadecuado para la expresión más responsable y más exigente de la actitud literaria», y, por otra parte, no ha recibido «una educación suficiente en su propia lengua escrita». La valoración de la literatura frente a otros géneros discursivos es paralela a la del escritor como individualidad creadora reconocida respecto de otros profesionales de la palabra. Así como la lengua literaria debe ser la norma escrita, el habla de la minoría culta debe ser la de la lengua oral. Una y otra, a pesar de sus modulaciones propias, se acercan a la «lengua general», base de la unificación del idioma.

Borges busca naturalizar la norma a partir del uso propio, al que designa «el idioma de los argentinos»; Alonso muestra que este no es homogéneo, sino que, además de las diferencias entre Buenos Aires y el interior, contempla un uso legítimo, propio de los grandes escritores y de la minoría culta, y otro, defectuoso, el del «porteño masa». Así como el grupo privilegiado ha adquirido la norma por uso, los otros deberán aprenderla «por arte», es decir, a través de la educación, cuyo modelo deberá ser, como señalamos, la lengua general.

En ambas formulaciones resuenan los ecos seculares de las voces de Nebrija y Valdés. Este último, caracterizado por Pacheco como «hombre criado en el Reino de Toledo y en la corte de España» consideraba «cosa fuera de propósito» que se le quisiera «demandar cuenta de lo que está fuera de toda cuenta», es decir, la lengua castellana no aprendida por arte sino «por el uso común del hablar». Por eso escribió sus cartas como

1. Primer capítulo de *El problema de la lengua en América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935.

hablaba, optó por la conversación como forma de exponer sus ideas y utilizó en apoyo de las mismas los refranes. Nebrija, que según Valdés «no alcanzaba la verdadera significación del castellano porque él era de Andalucía, donde la lengua no está muy pura», decidió «reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano» para que así todos aquellos «que tienen necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a la deprender por uso, podrán la más ahína saber por esta mi obra» («mi Arte»).

Por un lado, los usuarios de un habla prestigiosa desdeñan toda forma de normativa explícita e identifican su variedad con la lengua nacional o con la lengua general. Por el otro, los que son conscientes de la diferenciación social buscan difundir un modelo que funcione como patrón de las prácticas lingüísticas, como punto de referencia que permita evaluarlas y decidir en caso de dudas. Amado Alonso, si bien idealizaba la situación española («El equilibrio entre tendencias vulgares y tendencias cultas se mantenía en España gracias a un sentido urbano y *cortés* de la lengua que ha ido sin cesar imponiéndose al sentido rústico»), y la contraponía, por su estrecha relación entre lengua oral y lengua escrita, a la argentina, a partir de su conocimiento de las variedades americanas y de su convencimiento de que «el rasgo más peculiar del castellano porteño es el aflojamiento de toda norma», opta por una posición glotopolítica dirigista, que imponga a la sociedad en su conjunto la lengua escrita general y la lengua oral culta. Pero la apreciación sobre el sentido y los alcances de dicha política diferirá, en sus artículos de 1940, publicados en el suplemento literario del diario *La Nación*², de la posición adoptada en su trabajo de 1935.

LAS POSICIONES SOBRE EL CASTELLANO RIOPLATENSE

En *El problema de la lengua en América*, Amado Alonso señalaba:

No hay siquiera necesidad de preguntarse si la gente habla aquí mejor castellano que los limeños o los mejicanos o los madrileños; Buenos Aires ha estropeado y desnacionalizado la lengua culta de su propio país,

2. «La Argentina en la dirección inmediata del idioma», «De cómo se cumplirá el influjo argentino en la lengua general» y «Las academias y la unificación del idioma» fueron publicados el 4, el 11 y el 18 de agosto de 1940, respectivamente, y constituyeron luego los tres primeros capítulos de *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943.

la lengua digna que se transparenta en la prosa de Sarmiento, de Avellaneda, de Juan María Gutiérrez, de Miguel Cané.

Cinco años después, en los artículos publicados en *La Nación* (cf. nota 2), su valoración había cambiado casi por completo, y los iniciaba diciendo que

No se necesita ser temerario para predecirlo: la Argentina va a intervenir desde ahora en los destinos generales de la lengua de veinte naciones, en una proporción nueva y desde un punto de comando que hasta hoy no ha tenido.

En *La Argentina y la nivelación del idioma* añadía:

En los libros argentinos ponemos nuestra mayor confianza para cooperar dignamente en la incesante formación de la lengua general.

Un análisis superficial podría señalar que simplemente había cambiado la **situación personal** de Amado Alonso: en 1935 había sido convocado por el Ministerio de Educación nacional para integrar la comisión para la reforma de los programas de castellano y literatura de la escuela secundaria; en 1939, desde su puesto de director del Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires -puesto que ocupaba desde 1927-, había comenzado a publicar la *Revista de Filología Hispánica* en cooperación con el Hispanic Institute de la Universidad de Columbia; ese mismo año, finalizada la Guerra Civil española, había adoptado la ciudadanía argentina. La Argentina constituía, pues, un lugar donde Alonso gozaba de un gran prestigio personal y académico y donde podía publicar y difundir sus ideas a través de la producción propia o de sus discípulos o de traducciones en colecciones dirigidas por él. La *Revista de Filología Hispánica* mostraba su acción formadora de investigadores y la adhesión de estos a sus enfoques y su persona; bajo su dirección, el Instituto se había consolidado como centro importante en el mundo de la filología y la lingüística. En esos años también escribió, con Pedro Henríquez Ureña, su *Gramática castellana* para la escuela secundaria, que gozó de gran éxito. En España, en cambio, la Guerra Civil no solo había reducido la industria editorial a su mínima expresión, a la vez que la Guerra Mundial dificultaba la circulación de libros entre países y continentes, sino que probablemente muchos de los intelectuales que habían quedado en las universidades eran hostiles cuando menos a las ideas lingüísticas de Alonso³. Nada más natural, entonces,

3. Basta recordar que en 1943 Alonso prologó elogiosamente una traducción anotada suya y de Raimundo Lida de la *Filosofía del Lenguaje* de Karl Vossler, mientras que

que cambiar de punto de vista sobre la Argentina y declarar su potencialidad como centro lingüístico y cultural del mundo hispánico, con lo cual Alonso, además, daba realce a su propia posición, aunque para ello tuviera que modificar su apreciación de la situación.

Pero este análisis no tiene en cuenta que en el cambio de posición de Amado Alonso respecto del castellano porteño se puede explicar, además, por una acentuación del aspecto sociocultural de su pensamiento lingüístico, que encontró nuevos estímulos en la potenciación de Buenos Aires como centro de la industria editorial, la acción multiplicadora de las nuevas tecnologías de la palabra (la radiofonía y el cine) y la aparición de preocupaciones terminológicas en instituciones públicas. En esto es central tener en cuenta la **tensión** entre su filosofía del lenguaje, por un lado, y su sensibilidad ante los cambios en la cultura material y su voluntad de encontrar una causalidad social de los fenómenos lingüísticos, por el otro.

NORMA E IDEAL DE LENGUA

El pensamiento lingüístico de Amado Alonso en el terreno de la norma y el ideal de lengua se puede rastrear, entre otros, en el prólogo a su edición de la *Filosofía del Lenguaje* de Karl Vossler. Vossler destacaba su adhesión a la *Estética*⁴ de Croce. Como se sabe, Croce distingue dos formas de conocimiento: el intuitivo y el lógico, el conocimiento de lo individual y el de lo universal, y -a diferencia de los positivistas- pone su afán en darle al conocimiento intuitivo, con el que se aprecian, entre otras, las obras de arte, la misma jerarquía que al intelectivo; con ello asume una posición de radical autonomía y libertad individual en la expresión artística. Pretender aprehender las obras de arte y la expresión en general por medio de las leyes de las ciencias conceptuales es entonces, desde el punto de vista de Croce, caer, por una parte, en el error de

todo lo que Antonio Tovar, en *Lingüística y filología clásica - su situación actual* (Revista de Occidente, 1944) tenía para decir sobre Vossler era que «la enunciación de una pretendida tendencia neoidealista por Karl Vossler -*Idealismus und Positivismus in der Sprache*- tropezó inmediatamente con una repulsa general entre indoeuropeístas y filólogos clásicos».

4. Nuestras citas de la *Estetica come scienza dell'espressione e Linguistica generale* (1902) pertenecen a la versión castellana de Angel Végue y Goldoni, Buenos Aires: Nueva Visión, 1969, revisada por León Dujovne.

confundir el análisis sociológico, físico, etc., con el propiamente estético, y, por el otro, en el de pretender forzar generalizaciones sobre el carácter individual de la expresión.

La aplicación de estas ideas a la lingüística lleva a Croce a plantear que la estética y la lingüística son una misma ciencia, pues ambas tienen por objeto la expresión. Y para distinguir entre el hecho estético y el intelectual en la lengua, como el de la relación entre Gramática y Lógica, Croce plantea que «así como la forma lógica es insoluble de la gramatical (estética), esta es disoluble de aquella». Por eso señala que

es falso que el nombre o el verbo se expresen con palabras determinadas, distinguibles realmente unas de otras. La expresión es un todo indivisible; el nombre y el verbo no existen en ella, sino que son abstracciones forjadas por nosotros al destruir la única realidad lingüística, que es la *proposición*. La cual ha de entenderse, no al modo acostumbrado de las gramáticas, sino como organismo expresivo de sentido completo, que comprende a la par una exclamación muy simple y un vasto poema.

De todo ello infiere que no tiene sentido establecer las reglas del buen hablar mediante una gramática normativa, cuya imposibilidad «es reconocida por los mismos que la enseñan, cuando advierten que para escribir bien no hay reglas, que no hay reglas sin excepción, y que el estudioso de la gramática debe guiarse principalmente por lecturas y ejemplos que formen el gusto literario». El lugar que le concede a la gramática es el de «mera disciplina empírica, es decir, como conjunto de esquemas útiles para el aprendizaje de las lenguas, sin pretensión alguna de verdad filosófica».

Es verdad que parte de estas ideas se reencuentran en Amado Alonso:

(...) la lengua no es un organismo animal ni vegetal; no es ningún producto natural, ni tiene en sí leyes autónomas ni condiciones de existencia ajenas a la intervención de los hablantes. El lenguaje no pertenece a la Historia Natural sino a la Historia Humana. Una lengua ha sido lo que sus hablantes hicieron de ella, es lo que están haciendo, será lo que hagan de ella. Las llamadas leyes fonéticas, y cualquiera otra clase de leyes lingüísticas, no son más que intentos de ordenación parcialmente logrados en su medio de intercomunicación por los hombres que componen una comunidad idiomática. (*El problema...*)

Otras, sin embargo, están a buena distancia de sus quejas de que Conviviendo con una minoría de argentinos que tiene calidad idiomática y timbre propio en su castellano, hay una mayoría demasiado grande que no se preocupa lo bastante ni de la corrección ni de la propiedad en el

hablar, o sea, ni de la norma como valor externo, supraindividual, social, ni de la norma como sentido interno. (ibíd.),

en que aparece la norma desde una concepción claramente social-aristocrática inspirada por Ortega y Gasset⁵:

El individuo no tiene más remedio que ver la norma fuera de sí mismo, como un valor social que presiona sobre él y sobre sus conciudadanos. (...) Esto es lo que hace al individuo admitir la existencia supraindividual de la norma y buscarla en aquellos grupos sociales más prestigiosos. (ibíd.)

Como señalábamos, un texto para explicar la posición compleja de Amado Alonso respecto de la norma -su negación crociana junto con la afirmación orteguiana de su necesidad- es su prólogo a la obra de Vossler. Surge de suyo que a nuestros fines no importa tanto la posición real de Vossler, sino la interpretación que de ella hace Alonso con relación a la *Estética* de Croce:

Aunque Vossler fue empujado al tratamiento espiritualista del lenguaje por la lectura de Croce, y aunque de Croce ha heredado Vossler la consideración de lo estético como lo esencial y básico del fenómeno humano del lenguaje, el pensamiento filosófico de Vossler en conjunto, como sistema lógico y como conexión e interdependencia de valores, era imprevisible desde la posición meramente esteticista de Croce. (...) Para Croce lo estético no es sólo el más alto en la escala de los valores del lenguaje: es el único. Esta concepción filosófica se condena a una segura esterilidad científica: al exigir una lingüística del momento original e individual del lenguaje como ciencia del espíritu, invalida todo intento de lo que sea la lingüística de las lenguas, pues el acto intuitivo en su absoluta singularidad y libertad, además de escapar a las condiciones de comprobación del conocimiento científico, queda ajeno a las lenguas constituidas como entidades funcionales y como sujetos de historia. (...) Por atender a la persona, Vossler ha podido comprender con profunda visión el fenómeno del lenguaje como una estructura polar y móvil, concepción que da íntima coherencia a todos sus ensayos filosóficos, por diverso que sea el tema considerado, y que se expresa profusamente en las parejas de conceptos recíprocos que se llaman espíritu y cultura, individuo y sociedad, creación y evolución, categorías psicológicas y gramaticales, estilo y gramática, originalidad y convención, libertad y determinación, innovar y continuar, mención y forma, poesía y acomodación

5. Recordemos que en *La rebelión de las masas*, que el propio Alonso cita, Ortega afirmaba «(...) es notorio que sustento una interpretación de la historia radicalmente aristocrática» (p. 76 de la 39ª ed., Madrid: Revista de Occidente).

social. El brillante temperamento artístico de Vossler y su gustosa inclusión en la filosofía de Croce y de Vico (...) le hacen levantar emocionalmente el primer término de cada pareja de conceptos y rebajar el segundo como aceptando una triste forzosidad: vida y muerte, suele resumir. Pero esta apoyatura emocional de signo contrario no debe despistarnos (...) sobre el valor lógico igualmente necesario que tienen ambos extremos en la concepción vossleriana del lenguaje y la lingüística.

Más aún, Alonso contrapone a Vossler con Saussure, señalando que mientras que para este último el aspecto individual del lenguaje es «un estorbo», puesto que como positivista cree que para ser ciencia la lingüística debe someterse a las necesidades cuantitativas de las demás ciencias, para el primero, que quiere que la lingüística sea una ciencia del espíritu y que, por ende, no tiene que ajustarse a lo mecánico-cuantitativo, la relación entre lo individual y lo social es «una dualidad funcionante»:

La estructura polar que tiene el lenguaje en la concepción filosófica de Vossler hace de una lengua, por un lado, una perenne actividad creadora de los individuos y, por otro, la expresión y contenido de una cultura histórica.

La satisfacción que Alonso expresa ante esta «honda y fecunda concepción del lenguaje», ante la cual incluso, como hemos señalado, pasa de admitir que Vossler atribuye la «muerte» al segundo de cada par de términos a considerar que, a diferencia de Saussure, para Vossler la dualidad individualidad creadora-sistema cultural convencional del lenguaje es un todo armónico, «lo más hermoso y sugestivo que sobre esta provincia del espíritu se ha escrito en lo que va del siglo», nos lleva a inferir, a título de hipótesis, las siguientes ideas de Amado Alonso con relación a la norma.

Alonso intenta un equilibrio entre el aspecto creador, individual del uso del lenguaje y su sometimiento a las normas cristalizadas históricamente. Por tanto, se opone al criterio de que es correcto únicamente lo que determina la Academia («Pues es evidente que las formas son correctas antes de que la Academia las inscriba, ya que la Academia espera justamente a que sean correctas para inscribirlas»); pero al mismo tiempo considera correctas aquellas formas que, fruto de la creación individual, han adquirido prestigio y difusión entre las capas cultas de la sociedad, lo cual significa expresamente utilizar como criterio de corrección el «valor espiritual» de un fenómeno y no su difusión cuantitativa. En 1935, Alonso aún piensa que la norma debe estar en manos de aquellos que

más contribuyen al esplendor de la lengua, entendido sobre todo en términos de su fijación por escrito y, en especial, de literatura.

CAMBIOS SOCIALES Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

En aquel momento de *El problema...*, Amado Alonso intenta explicar la desvalorización general de la norma que observa en Buenos Aires por el aluvión inmigratorio que ha hecho que en un siglo la ciudad haya pasado de cuarenta y un mil habitantes a dos millones y medio:

¿Cómo se iba a ser exigente con los recién venidos en el uso de una lengua que les era extraña? Ellos cumplen con hacerse entender: con pocas palabras les basta y esas, empleadas al más o menos. Para la gramática, indulto general.

Diferencia la lengua urbana del hablar provinciano y considera que aun las hablas rurales superan al porteño en calidad y en fijeza, dado que en Buenos Aires «las familias tradicionales son una exigua minoría perdida en el maremágnum de Buenos Aires», a lo que se agrega que «las gentes de educación idiomática deficiente están en todos los puestos, en la política, en las profesiones liberales, en el alto comercio y hasta en la prensa y en la cátedra». En la misma época Américo Castro, preocupado también por el «relajamiento social» de la norma y la «impunidad» de las faltas cometidas, atribuye esta actitud argentina a que desde el rechazo de la invasión inglesa de 1806 «todo lo que es decisivo en la vida argentina acontece gracias a la fuerza de los nada instruidos, fuerza caótica, elemental y auténtica». ⁶ Este avance de sectores populares en el espacio urbano amenaza con su multiplicidad de voces y registros y su indiferencia respecto de la norma.

Pero en sus trabajos de 1940 Amado Alonso deja de lado la consideración de esta heterogeneidad del habla porteña y valoriza la diferenciación respecto de la lengua de Madrid, dado que la conservación de «mucho del fondo español que Madrid había perdido», gracias a Buenos Aires «volverá a circular por todas partes». Ya no plantea el problema de la norma desde la idealización del centro respecto de la periferia, sino que muestra la importancia que esta tiene en el desarrollo de la lengua general:

6. Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense*, Buenos Aires, Losada, 1941.

Algunas de las innovaciones afortunadas nacidas y mantenidas en la Argentina se extenderán por toda América y por España; hasta el olvido o desvío de los argentinos por ciertos modos del idioma se contagiará -en esos países fuertemente, en aquellos débilmente, otros serán inmunes- por las naciones hermanas. Y tanto como en el material mismo empleado -palabras y giros numerables- la Argentina ha de influir en el modo de emplearlo, lo cual se traducirá en poner el sello de su personalidad en ese aire característico que lleva la lengua en cada uno de sus períodos.

La explicación de este proceso es que Madrid, hasta entonces el centro único de unificación del idioma por el desarrollo de su industria editorial, ha sido reemplazada por Buenos Aires y México:

La industria editora peninsular ha sido el instrumento material de unificación de la lengua en todo el mundo hispánico. (...) La guerra civil española ha hecho cambiar de arriba abajo las condiciones. (...) Lo seguro y definitivo ya es que la Argentina se ha hecho poderosa en la industria ligera; en la producción de esos libros que corren por muchas manos y que se renuevan y reemplazan incesantemente. Y esos son los libros que, principalmente, recogen y expanden el sentido de una lengua unificada.

La difusión del libro publicado en la Argentina -Alonso ya no habla sólo de literatura- por todo el ámbito hispánico exige que los escritores y traductores utilicen un español general, lo cual, al mismo tiempo, va transformando las prácticas lingüísticas locales. Esto se acentúa con la difusión de revistas, la expansión de los periódicos, la importancia que adquieren las agencias de noticias instaladas en la Argentina en la traducción de los cables llegados del extranjero y difundidos desde aquí al resto del mundo hispánico. Hay en su exposición una valoración de la escritura vinculada con diversas prácticas sociales, no solo literarias, y del habla de Buenos Aires por la importancia que esta última adquiere en los cambios económicos.

No olvida tampoco Alonso la influencia argentina en la unificación de la terminología financiera. Unos años atrás, el Banco Central de la República Argentina había encargado a un técnico del lenguaje que estableciera una terminología precisa y bien diferenciada del lenguaje financiero:

Los economistas de los otros países han visto, junto al decoro general del castellano empleado, el tino de los términos elegidos, la buena mano para la acuñación de las nuevas fórmulas, la ventaja de su uso sistemático, de las precisas significaciones y de las diferencias establecidas, y de la posibilidad de expresar con lenguaje tan bien funcionante los nuevos pensamientos que vayan apareciendo. Y el resultado es que hoy toda

Hispanoamérica ha adoptado la nomenclatura y las fórmulas del Banco Central argentino.

En cuanto a la lengua oral, Amado Alonso reconoce la importancia que adquieren la radio y el cine en la «nivelación» del idioma, es decir, en la progresiva adecuación a los receptores de las distintas variedades del español, lo cual lleva a una selección de formas, giros y expresiones que, sin traicionar su origen, resulten comprensibles y aceptables.

Si bien en su época la radio argentina no había adquirido todavía una importancia continental, el cine ya llegaba a los más diversos países de Hispanoamérica. El problema de la norma se plantea ahora también en términos de eficacia comunicativa y éxito comercial.

* * *

En estas líneas creemos haber mostrado el origen de los cambios operados en lo que en la actualidad llamaríamos el pensamiento socio-lingüístico de Amado Alonso, contenido en germen en el aspecto social de su filosofía del lenguaje, (como lo muestra su interpretación de Vossler), pero en divergencia de la orientación espiritualista-elitista de esta. En los trabajos de 1935 su posición es aún tributaria de la vieja reflexión acerca de la norma que ha atravesado a Occidente desde el Renacimiento: la «lengua de corte», el «bon usage», el prestigio de la autoridad literaria, la posición dominante de las metrópolis, aunque ya aparece su reconocimiento de una pluralidad de normas, de una lengua general panhispánica con timbres nacionales particulares. Bajo la influencia del desarrollo de la industria editorial y el periodismo, la radiofonía y el cine, en 1940 Amado Alonso se abre, por un lado, a la consideración de géneros discursivos no literarios y, por el otro, a una valorización de la norma regional que tenga en cuenta la incidencia material de los cambios tecnológicos y la nueva situación histórica. Si en el primer enfoque priva su filosofía del lenguaje, de corte idealista, en el segundo aparecen marcadamente los rasgos de la escuela lingüística española, preocupada por la historia, el contexto y las diversas prácticas sociales en las que la lengua circula.